



II DOMINGO DE PASCUA – CICLO A

19 de abril de 2020

MONICIÓN DE ENTRADA

Hace una semana celebrábamos la Pascua, la alegría y el gozo de la resurrección del Señor.

Celebramos hoy el segundo domingo de Pascua, también llamado de la Misericordia, ocho días después de la gozosa celebración de la Resurrección del Señor. Él mismo se hace presente otra vez entre nosotros y nos da su Pan y su Espíritu. Una presencia que nos llena de alegría y nos consolida en la fe.

Nosotros, las comunidades cristianas, no podríamos vivir sin encontrarnos cada domingo con él y con el resto de los hermanos.

Comencemos, pues, nuestra celebración llenos de esa alegría pascual.

[CANTO]

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.... **R/ Amén.**

El Señor, que dirige nuestros corazones para que amemos a Dios, esté con todos nosotros.... **R/ Y con tu Espíritu.**

ACTO PENITENCIAL

Confiando en el Señor, pedimos su ayuda:

.- Tú que has vencido a la muerte,

R/ Señor, ten piedad.

.- Tú que eres la luz que nos ilumina,

R/ Cristo, ten piedad.

.- Tú que eres la resurrección y la vida,

R/ Señor, ten piedad.

Amén.

GLORIA

Gloria a Dios en el cielo,

y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor.

Por tu inmensa gloria te alabamos,

te bendecimos, te adoramos,

te glorificamos, te damos gracias,

Señor Dios, Rey celestial,

Dios Padre todopoderoso Señor,

Hijo único, Jesucristo.



Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre;
tú que quitas el pecado del mundo,
ten piedad de nosotros;
tú que quitas el pecado del mundo,
atiende nuestra súplica;
tú que estás sentado a la derecha del Padre,
ten piedad de nosotros;
porque sólo tú eres Santo,
sólo tú Señor, sólo tú, Altísimo Jesucristo,
con el Espíritu Santo, en la gloria de Dios Padre.
Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios de misericordia infinita,
que reanimas, con el retorno anual de las fiestas de Pascua,
la fe del pueblo a ti consagrado,
acrecienta en nosotros los dones de tu gracia,
para que todos comprendan mejor
qué bautismo nos ha purificado,
qué Espíritu nos ha hecho renacer
y qué sangre nos ha redimido.
Por Jesucristo, nuestro Señor. **R/ Amén.**

LITURGIA DE LA PALABRA

Primera Lectura

Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles (2,42-47):

Los hermanos perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones.

Todo el mundo estaba impresionado, y los apóstoles hacían muchos prodigios y signos. Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno.

Con perseverancia acudían a diario al templo con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón; alababan a Dios y eran bien vistos de todo el pueblo; y día tras día el Señor iba agregando a los que se iban salvando.

¡Palabra de Dios! **R/ Te alabamos, Señor.**



Salmo responsorial Sal 117,2-4.13-15.22-24

Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia

R/. Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia

Diga la casa de Israel:

eterna es su misericordia.

Diga la casa de Aarón:

eterna es su misericordia.

Digan los fieles del Señor:

eterna es su misericordia.

R/. Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia

Empujaban y empujaban para derribarme,

pero el Señor me ayudó;

el Señor es mi fuerza y mi energía,

él es mi salvación.

Escuchad: hay cantos de victoria

en las tiendas de los justos.

R/. Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia

La piedra que desecharon los arquitectos

es ahora la piedra angular.

Es el Señor quien lo ha hecho,

ha sido un milagro patente.

Éste es el día que hizo el Señor:

sea nuestra alegría y nuestro gozo.

R/. Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pedro (1,3-9):

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor, Jesucristo, que, por su gran misericordia, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha regenerado para una esperanza viva; para una herencia incorruptible, intachable e inmarcesible, reservada en el cielo a vosotros, que, mediante la fe, estáis protegidos con la fuerza de Dios; para una salvación dispuesta a revelarse en el momento final.

Por ello os alegráis, aunque ahora sea preciso padecer un poco en pruebas diversas; así la autenticidad de vuestra fe, más preciosa que el oro, que, aunque es perecedero, se aquilata a fuego, merecerá premio, gloria y honor en la revelación de Jesucristo; sin haberlo visto lo amáis y, sin contemplarlo todavía, creéis en él y así os alegráis con un gozo inefable y radiante, alcanzando así la meta de vuestra fe: la salvación de vuestras almas.



¡Palabra de Dios! **R/ Te alabamos, Señor.**

[Canto del Aleluya]

EVANGELIO: Lectura del santo evangelio según san Juan (20,19-31):

AL anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo:

«Paz a vosotros».

Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió:

«Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo».

Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo:

«Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos».

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían:

«Hemos visto al Señor».

Pero él les contestó:

«Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo».

A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo:

«Paz a vosotros».

Luego dijo a Tomás:

«Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente».

Contestó Tomás:

«¡Señor mío y Dios mío!».

Jesús le dijo:

«¿Porque me has visto has creído? Bienaventurados los que crean sin haber visto».

Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.

¡Palabra del Señor! **R/ Gloria a Ti, Señor Jesús**

Nos sentamos para la reflexión sobre las lecturas que acabamos de escuchar.



REFLEXIÓN:

II DOMINGO DE PASCUA DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR-A- Jn (20, 19-31):

En este segundo domingo de Pascua, también llamado de la Divina Misericordia, contemplamos a Jesús resucitado que viene hasta nuestra casa para librarnos del miedo y para ayudarnos a superar nuestras dudas en la fe.

Intentemos imaginar lo que vivieron aquellos discípulos de Jesús que permanecieron firmes hasta el final, en el seguimiento del maestro. Nos encontramos con un número reducido, conformado por su familia, los once apóstoles, algunas mujeres encabezadas por María Magdalena y unos cuantos que lo siguieron en silencio para no comprometerse. Eran tan pocos que se podían esconder en una casa y asegurar muy bien las puertas, porque estaban llenos de miedo. Fuera se escuchaba el murmullo de los judíos, dispuestos a crucificar a todo el que se proclamara simpatizante del Nazareno.

El único que podía vencer el miedo y llenarlos de fortaleza era Jesús. Pero a Él lo habían visto morir en la cruz, abandonado hasta de Dios, a quien llamaba Padre. Por más que algunos hablaban de apariciones, ellos no daban crédito, porque estaban aterrorizados y su fe se les había convertido en duda, aunque ninguno lo manifestaba abiertamente, hasta que Tomás lo hizo por todos ellos y quizá por muchos de nosotros.

Desde el mismo momento de la resurrección, Jesús siempre estuvo con ellos, aunque solo se dejara ver en algún momento fugaz. Él había prometido permanecer siempre con ellos y nunca dejó de cumplirlo. Seguramente, en el momento de su mayor miedo y angustia, fue cuando, de pronto, se presentó en medio de ellos y los llenó de paz, de alegría, de seguridad y de fe. Ese día, providencialmente, no estaba Tomás, al que le hemos endilgado el título de “incrédulo”, pese a que él sólo exteriorizó lo que estaban viviendo todos los demás discípulos y con ello, puso de manifiesto lo débiles que somos en nuestra fe.

El encierro que estamos viviendo los habitantes de la casa común en este momento seguramente no es comparable con el que vivieron los discípulos del Señor en Jerusalén, hace dos mil años, pero con toda seguridad, de allí sacamos luz para iluminar nuestra vida. Hoy por culpa de un virus, estamos encerrados, no podemos negar que tenemos miedo, no queremos que nos atrape y, seguramente, nos preguntamos: ¿Por qué Dios no ha destruido este virus? La respuesta de Jesús sigue siendo la misma; Él siempre ha estado con nosotros, nunca nos ha dejado solos. A pesar de que le hayamos cerrado bien la puerta, Él ha entrado y, silenciosamente, ha permanecido ahí, en nuestra casa, en nuestra vida.

Cristo resucitado es nuestra vida. Él ha vencido a la muerte y ha conseguido para todos sus seguidores una resurrección como la suya. Como Tomás, también tenemos dudas, y así como él quiso meter el dedo en los agujeros que dejaron los clavos, nosotros también quisiéramos ver que Jesús extingue este virus inmediatamente; pero Jesús nos sigue diciendo: “aquí están mis manos y mis pies”, nunca he estado lejos de vosotros, aunque me habéis cerrado la puerta de vuestra casa y de vuestro corazón, aunque os habéis olvidado de mí, de mi palabra, de los pobres y de todas las enseñanzas que os di, nunca



os he dejado solos, ni os dejaré. Vosotros encargaos de las necesidades de los pobres, que yo me encargaré de las vuestras.

Rafael Duarte Ortiz

Nos ponemos de pie y juntos recitamos el Credo, el fundamento de nuestra fe:

Credo de los Apóstoles

Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia Católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. **R/ Amén.**

ORACIÓN DE LOS FIELES:

Reunidos en el nombre de Jesús resucitado, le presentamos nuestra oración diciendo:

Jesús resucitado, escúchanos.

1.- Para que vivamos todos los domingos la alegría de nuestro encuentro con Jesús y con los hermanos, oremos:

R/ Jesús resucitado, escúchanos.

2.- Para que demos testimonio de nuestra fe con una caridad constante y entregada al servicio de los demás, oremos:

R/ Jesús resucitado, escúchanos.

3.- Para que ofrezcamos buenas palabras y esperanza a los que nos rodean, oremos:

R/ Jesús resucitado, escúchanos.

4.- Para que entre nosotros sean cada vez más fuertes los lazos de la caridad y del interés de unos por otros, oremos:

R/ Jesús resucitado, escúchanos.

Escucha, Señor, nuestra oración. Tú que has resucitado y vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Por Jesucristo nuestro Señor. **R/ Amén.**

[Finalizada la oración de los fieles, el animador toma la reserva Eucarística y la pone sobre el altar. Mientras colocamos la reserva eucarística sobre el altar, podemos permanecer sentados o de rodillas. CANTO]



RITO DE COMUNIÓN.

Antes de participar en el banquete de la Eucaristía, la mesa que compartimos los cristianos y que refleja de manera imprescindible la igualdad de todos los seres humanos para Dios nuestro Padre, oremos juntos como el Señor nos ha enseñado:

Padre nuestro, que estás en el cielo...

[Tomando en las manos la sagrada Eucaristía y elevándola, el animador dice:]

Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la cena del Señor...

[Distribución de la Sagrada Eucaristía. CANTO]

ORACIÓN FINAL

Concédenos, Señor Jesús, estar atentos a los demás, a sus penas y alegrías: porque cuando amamos y compartimos, estamos testimoniando tu resurrección en un mundo nuevo de amor y de fraternidad. Amén.

La Virgen María fue la que más vivió el gozo de la resurrección de su Hijo.

Con alegría la saludamos diciendo:

“Dios te salve, María...”

El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.

R/ Amén.

Bendigamos al Señor.

R/ Demos gracias a Dios.